

El cardenismo en las regiones: el caso de Michoacán

Enrique Guerra Manzo

A LA PREGUNTA ¿QUÉ FUE EL CARDENISMO?, Knight ha respondido que fue una coalición amplia —como lo fue el villismo, el carrancismo o el callismo—, heterogénea y fluida, cuajada en la primera mitad de los años treinta a raíz de tres impulsos clave: 1) La movilización popular, sobre todo campesina, que se remonta a la revolución de 1910; 2) el impacto de la Gran Depresión, que propició otra ola de movilización popular y que cuestionó las normas políticas y económicas de esos años; 3) la lucha entre Cárdenas y Calles. Esos tres factores suscitaron que la coalición cardenista reuniera a gente de lo más diversa.¹ Así, el cardenismo tiene un doble rostro: es una coalición política y un movimiento social, que promueve reformas sociales (agraria, laboral, educativa, religiosa), Estado interventor y nacionalismo.

Knight afirma que la popularidad de Cárdenas surge “a raíz de su carácter personal, su estilo de gobernar y sus políticas concretas”, pero como el mero apoyo popular no basta para gobernar, también necesitó del



Grabado: Leopoldo Méndez

¹ Knight, Alan, “El cardenismo: ¿culminación de la Revolución mexicana?”, en David Brading *et al.*, *Cinco miradas británicas a la historia de México*, México, Conaculta / INAH, 2000, pp. 150-151.

“apoyo de la clase política, de las camarillas políticas que son elementos clave en la historia de México, y de las máquinas caciquiles que dominan muchos estados, regiones, y municipios. Si bien apelaba ‘al pueblo’ — por medio de sus políticas y giras—, Cárdenas tenía a la vez que aliarse con políticos ‘profesionales’ y sus maquinarias” (Knight, p. 157).

En el sexenio cardenista, la amenaza de la rebelión pretoriana ya había disminuido notablemente —y la rebelión cedillista en 1938 será la última—, pero la violencia rural —y gremial— seguía siendo muy intensa: la segunda cristiada, el bandolerismo, conflictos entre hacendados y pueblos, entre los propios pueblos y al interior de ellos un faccionalismo incesante. Además de la violencia entre agraristas y cristeros, sinarquistas, fascistas y “fanáticos”.

Para conservar el poder y mitigar la violencia cotidiana, Cárdenas necesitó del apoyo del ejército, pero para mantener el apoyo militar, contrarrestar la amenaza del callismo y cuajar una alianza con la que pudiera gobernar y sacar adelante su proyecto necesitó de una coalición muy heterogénea. Algunos de sus primeros aliados no tardaron en dejar de apoyarlo (Amaro, Cedillo y Almazán) y se volvieron críticos de sus reformas, opositores o rebeldes (Cedillo). No tuvieron éxito en derribar a Cárdenas, aunque sí lograrían contribuir a frenar su proyecto. Empero, la coalición cardenista no sólo se registró a nivel de las élites, sino también en el nivel regional. El triunfo del cardenismo “necesitó de un sinnúmero de pactos y arreglos, a veces con políticos y caciques que no eran de ninguna manera cardenistas de hueso colorado” (p. 158).

Knight pasa revista a algunas entidades: en Tamaulipas, Portes Gil fue aliado clave de Cárdenas en su conflicto con Calles, y lo ayudó a promover la unificación campesina, pero no era cardenista; en Veracruz, para debilitar a Tejeda e imponer la autoridad del cen-



Grabado: Fernando Castro Pacheco

tro, Cárdenas tuvo que apoyar a los grupos centristas y conservadores encabezados por Miguel Alemán (por tanto aquí debe incluirse la persecución y asesinato de líderes de izquierda); con la familia Ávila Camacho en Puebla pasó algo parecido, aquella resistió los avances de la CTM y de la izquierda; y en Sonora, Cárdenas necesitó del general Román Yocupicio, indio mayo obregonista de tinte conservador, enemigo de la CTM y celoso de la soberanía de la entidad. “De hecho, toda una generación de caciques regionales y locales forjaron sus carreras y feudos locales a raíz de alianzas con Cárdenas”, que duraron más allá de su presidencia, “en parte debido a la influencia que el expresidente siguió gozando, especialmente en estados como Michoacán, Guerrero y Oaxaca” (pp. 158-159).

Es cierto, concluye, en el mediano y el largo plazo el proyecto cardenista, a pesar de sus metas radicales y logros concretos, experimentó muchos fracasos y



derrotas. Estableció nuevas estructuras de gobierno muy duraderas (el partido corporativo, la presidencia fortalecida). Pero muchas de sus metas se vieron fracasadas: tanto la educación socialista como el control obrero de los ferrocarriles fracasaron. Pemex —fruto de un triunfo patriótico— se volvió un dolor de cabeza para el presidente en el último año del sexenio. Tuvo que aceptar el triunfo de un candidato centrista, Manuel Ávila Camacho (p. 160).²

Detenerse en la experiencia del cardenismo en las regiones (aspecto en el que todavía hay muchas lagu-

² Quizá por ello Cárdenas decidió seguir activo: tenía que seguir impulsando su proyecto. Sabía que su obra social necesitaba de mayor empuje. Su actividad política se contrae a Michoacán, pero no su activismo social: su calidad de vocal en la cuenca de Tepalcatepec (1958-1960) y luego en la del Río Balsas (1961-1970), le permitió seguir fungiendo como un gran padrino para muchas comunidades y *brokers* regionales. Calderón, Marco Antonio, *Historias, procesos políticos y cardenismos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004.

nas), permite examinar sus dos rostros distintivos: el del movimiento popular y el de las coaliciones políticas. Además, es posible percatarse de otras funciones que también tuvo el cardenismo: el de civilizador de las pasiones políticas y el de domeñar de modo gradual la violencia rural.

Por su parte, Friedrich Katz, en una de sus últimas entrevistas, declaró que al comparar al cardenismo con otras grandes revoluciones (como la China o la Rusa) aparece una clara diferencia: “que desde arriba [la revolución cardenista] impone el cambio sin mayor derramamiento de sangre, sin terror revolucionario”. Sigue existiendo una gran oposición interna, pero a diferencia de Mao o Stalin, Cárdenas “hace elecciones y se va del poder. Eso es único, un régimen tal que implementa reformas profundas sin violencia, un régimen revolucionario que da libertades tales como las de Cárdenas; eso lo diferencia de todas las revoluciones. Y creo que en México la tradición cardenista sigue viva, sigue siendo un modelo” (p. 60).³

El hecho de que el cardenismo siga apareciendo como una tradición ejemplar no sólo obedece a la figura de Cárdenas —loable en muchos sentidos—⁴, ni al hecho de que no haya sido sangriento, ni al haber impulsado reformas desde arriba, sino también al encuentro de Cárdenas con un movimiento popular y una pléyade de *brokers* que emergen desde abajo. Tuvo la suficiente sensibilidad y olfato político para pactar con actores de diverso signo político en la escala regional. De ahí que en algunas localidades arraigue su proyecto de reformas sociales más que en otras, pero en todas ellas se esforzó también por promover la gobernabilidad y el orden público.

³ *Letras Libres*, núm. 143, noviembre 2010.

⁴ Honestidad, moralidad, incorruptible, un político con valores como diría Max Weber, que vive para la política más que de la política.



Grabado: Luis Arenal

En 1930 el país tenía casi 17 millones de habitantes y el 70.2 % de la población económicamente activa vivía en el campo. De esa gran mayoría campesina, el 26.2 % vivía en pueblos de hasta 200 habitantes y el 23.1 % en pueblos de 201 hasta 500 habitantes. La mayoría de las comunidades campesinas estaban apenas comunicadas por brechas o caminos de mula, muchas sin escuela y a veces hasta sin templo. Entre 1931 y 1933 se hizo un estudio sobre una muestra de 3,611 pueblos donde había maestro. Es decir, de pueblos privilegiados, porque la mayoría no tenían escuela ni maestro. Al 93.1 % de ellos no llegaban los rieles de ferrocarril, al 86.5 % tampoco llegaban los autobuses y al 71.6 % ni siquiera carreta de bueyes. Carecía de teléfono el 88.4%, de telégrafo el 95.8 % y de correos el 80.9 %. En esos pueblos modernos donde había un maestro (ellos ayudaron a levantar el estudio) carecían de médico el 97.9 %, de farmacéuticos 97 %, de parteras 85.4 % y de curas 93.7 %. En el 90.5 % había sólo un instrumento moderno: una máquina de coser.⁵

⁵ Gilly, Adolfo, *El cardenismo: una utopía mexicana*, México, Era, 2001,

De este modo, no es casual que los movimientos sociales regionales que aparecen desde la década de 1920 se conviertan, junto con sus *brokers*, en una mediación indispensable para que el silencio fragmentado de los pueblos campesinos pueda ser oído.

Para entender la forma en que se cristalizará el cardenismo en cada región (o bien en que será bloqueado) debe atenderse a las balanzas de poderes que imperan en cada región, y no sólo entre las facciones en pugna, sino también al interior de las organizaciones agrarias. En ello radica la clave para comprender la naturaleza de los movimientos populares y de los líderes regionales que se articulan en la coalición cardenista.

En esa balanza de poderes aparece la figura de Cárdenas como la describió Gonzalo N. Santos, “un ranchero de corazón” erigido en militar y gobernante que sabía comunicarse con aquel mundo rural en el que se reconocía y era reconocido: acostumbrado “a escuchar largamente a los campesinos y a los pueblerinos

pp. 148- 149. Datos que el autor toma de un estudio de Eyley Simpson publicado en 1946.

y sentarse a departir con ellos horas y horas bajo un árbol del campo o en un banco de la plaza de armas” (citado en Gilly, 2001, p. 156).

La alianza de Cárdenas con diversos líderes regionales en Michoacán data por lo menos desde 1918 durante su participación en el combate al bandolerismo que asoló la entidad. Pero es durante su gubernatura en Michoacán (1928-1932) cuando aquélla se ve fortalecida. Uno de esos momentos fue la creación de la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMDT) en enero de 1929. El nacimiento de esta organización y su rápida expansión en la entidad permitiría a Cárdenas ampliar las bases sociales de su poder y la posibilidad de renegociar la dependencia del gobierno estatal con respecto al federal. Michoacán fue así el “laboratorio” de Cárdenas antes de su arribo a la presidencia.

La CRMDT se convirtió “en un brazo adicional de la administración cardenista, al que se encomendaba” un creciente número de asuntos: fomentar la educación rural, la lucha contra el fanatismo y el alcoholismo, propaganda agraria y el convencimiento de los campesinos para que solicitaran tierras, además de labor sindicalista. “Para posibilitarlo, Cárdenas se ocupó de insertar a los miembros de la mesa ejecutiva en puestos clave dentro de las diversas agencias del gobierno local y federales”, proveer a las federaciones de sedes para oficinas y de financiar sus tareas. Hay, pues un “totalismo estadista de Cárdenas”.

Empero, ese impulso desde arriba no debe impedirnos ver la participación desde abajo, distinguiendo entre la lógica de los distintos tipos de *brokers* (búsqueda de poder, cargos, recursos, redes) y la de las bases (resolución a sus demandas). Reparar en ello nos permite observar una diversidad de balanza de poderes en las regiones.

Al analizar la coalición cardenista en el plano regional uno puede percatarse de que no es menos compleja de la que Knight refiere para el plano estatal: incluyó desde cardenistas de hueso

colorado, líderes de masas genuinos (“intermediarios formales”, como los hermanos Ruiz Béjar en Taretan); caciques agraristas (Primo Tapia en Naranja); curas (como Francisco Cárdenas en San José de Gracia); caciques excristeros (que no tenían ninguna simpatía por la reforma agraria, la educación socialista y la política anticlerical del Estado, es el caso de Ezequiel Mendoza Barragán en Coalcomán), o a líderes “institucionalistas”, más centristas, como Juan Gutiérrez en el Bajío zamorano.

El agudo olfato político de Cárdenas lo llevó a obrar con realismo y a utilizar la “maquinaria política disponible”: ahí donde había aliados para impulsar su proyecto de reformas había que acelerarlas (el elemento utópico podía hacerse realidad); pero donde no los había, debía pactarse con toda clase de aliados que garantizaran un mínimo de gobernabilidad y orden público, pues otra de las metas centrales de Cárdenas era la pacificación del campo mexicano: la civilización de las pasiones políticas, frenar y embridar al incesante faccionalismo que derivaba en ciclos de violencia y aceleraba el monopolio legítimo de la violencia.

Son muchos los rostros del cardenismo, pero hay un elemento utópico que los aglutina a todos, la figura generosa y, a su modo, carismática de Cárdenas: el único presidente del país que se sentaba sin rubor a la sombra de un árbol o en la banca de una plaza a escuchar y dialogar con el México profundo. ▀



Grabado: Alfredo Zalce